

Ni la Utopía ni la Indiferencia

WILLIAM EDGAR

El teólogo realista Reinhold Niebuhr dijo la famosa frase: “La democracia es encontrar soluciones aproximadas a problemas insolubles”. Durante la “Revolución Reagan” de los años ochenta, varios evangélicos, entre ellos, Francis Schaeffer, pensaron que había una ventana de oportunidad para los cristianos en la política. Por consiguiente, varios individuos conservadores se presentaron en las elecciones y se crearon varias organizaciones con el propósito de aumentar la conciencia y presionar a los políticos y los consejos escolares. La organización más conocida se llamaba “Moral Majority” (Mayoría Moral) que fue fundada por Jerry Falwell en 1979. Pat Robertson pidió, simplemente, “un lugar en la mesa”. Y, de hecho, muchos evangélicos fueron electos. El Partido Republicano, generalmente el partido de la elección, cortejó a la Nueva Derecha Cristiana que, a menudo, les dio el apoyo necesario con el fin de mantenerse en el poder. El título: “Ya no exiliados” fue el título de una conferencia de 1990 que fue seguida de una publicación que expresaba, de la mejor manera, el ánimo al respecto.

Esta ventana no permaneció abierta por mucho tiempo. De hecho, todas las presentaciones en la conferencia debatían tanto las causas del éxito como las razones del fracaso dramático de la Nueva Derecha Cristiana en hacer una diferencia real en la cultura americana. Aquellas incluían la falta de organizaciones resientes, divisiones vergonzosas entre los evangélicos y la hostilidad de los medios de la élite. Varias organizaciones, incluso “Moral Majority” (Mayoría Moral) cerraron sus puertas. Varios críticos de la Nueva Derecha Cristiana dijeron a sus audiencias que su estrategia era errónea. Paul Weyrich (1942-2008), co-fundador de varios grupos formados por conservadores expertos, incluso la Fundación Heritage, instó a su electorado a dejar de esperar en la política. Él les dijo que el mayor error que habían cometido era depositar su fe en salvadores políticos. Afirmó que tenemos batallas más grandes que pelear, “la batalla eterna entre el bien y el mal”

Hoy en día, muchos jóvenes, incluso los cristianos, han perdido la fe en la política. En una encuesta informal que fue hecha en mi lugar de trabajo, el Seminario de Westminster, muchos de los “milenarios” del cuerpo estudiantil informaron que no pensaban votar en las últimas elecciones. ¿Sus razones? La política es corrupta. Y, de todas maneras, no va a hacer ninguna diferencia. Ya no importa qué líderes estén en el poder. En algunas décadas, los evangélicos pasaron de esperar por una ventana abierta, a la desilusión e incluso al cinismo. Claro que hay excepciones. Algunos de los estudiantes que conozco están involucrados con causas tales como la trata de humanos, y ellos apoyan organizaciones como la “International Justice Mission” (Misión de Justicia Internacional), que tiene un componente político. Algunos de nuestros estudiantes que vienen de la ciudad trabajan árdicamente en políticas locales y luchan para dar acceso al poder a la gente de bajas clases sociales. Sin embargo, es llamativa la falta de confianza en el proceso político tradicional.

Me gustaría modestamente preguntar: ¿no eran algunas de las aspiraciones de la Nueva Derecha Cristiana, utópicas? ¿No creyeron algunos que si sólo pudiéramos sentarnos en el volante, podríamos cambiar el curso del país? Y luego, en su desilusión, ¿se conformaron con la indiferencia?

Lo que podría haber ayudado es una mirada más cercana a la filosofía de la historia bíblica. Considere una fuente sorprendente: la Parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13:24-30). Esta parábola es la primera de tres que están basadas en cosas que crecen (la Parábola del trigo y la cizaña, Parábola de la semilla de mostaza y Parábola de la levadura). Las tres piden que seamos pacientes. Si cosechas el trigo antes de tiempo, es

possible arrancarlo de raíz por error. La semilla de mostaza va a crecer y será un árbol, la levadura con el tiempo hará que la masa se convierta en pan. Pero si perdemos la paciencia y forzamos las cosas, vamos a hacer más daño que bien. Por lo tanto, nuestros sueños no deben ser utópicos. Cuando Checoslovaquia fue emancipada del comunismo, no pasó mucho tiempo hasta que la gente se puso impaciente. Su presidente electo, Václav Havel, les dijo que desentrañar los efectos nocivos de sus antiguos opresores no iba a suceder de un día para el otro. Dijo que se podría ocasionar un gran daño por ir demasiado rápido, al igual que un niño que, en su entusiasmo por ver crecer las flores, las arranca del pasto.

Nuestro mundo es una mezcla de dos grandes fuerzas, como sugirió Weyrich. Pero intentar apurar el proceso de crecimiento del bien va a terminar en destrucción. Sin embargo, esto no significa indiferencia. Las Parábolas nunca sugieren que nos quedemos inmóviles. El reino de Dios va a madurar con el tiempo y el proceso político es un instrumento legítimo que ayuda a que eso ocurra. A diferencia de aquellos que proponen la “espiritualidad de la iglesia” de manera exagerada y minimizan el bien de la política, la Biblia le concede un rol importante a la actividad política. Limitado, para estar seguro, pero significativo. Pero eso significa política real. No utopía. No es suficiente reclamar un lugar en la mesa. Los políticos, incluso los cristianos, necesitan involucrarse con todas las partes del trabajo, incluso las menos agradables, como trabajar con la oposición, y deben tener como objetivo un compromiso sano. Tal vez, Niebuhr está en lo cierto. Algunos problemas no tienen solución, pero ¿eso significa que debemos actuar de manera indiferente? Claro que no, porque las soluciones aproximadas son posibles y son de ayuda.

- William es un profesor de apologética en el seminario teológico de Westminster en Filadelfia.

-“Capital Commentary” es el semanario que publica asuntos de actualidad del Centro por la Justicia Pública, escrito para alentar la búsqueda de la justicia pública

-Para más información:

http://www.cpjustice.org/public/capital_commentary/article/61#sthash.c5hbpr6M.dpuf